

Rubén Darío, Héroe Nacional de Nicaragua

Por Ernesto La Orde : Miracle.

El héroe nacional de Nicaragua es un poeta. En la plaza más grande de Managua, en vez de un general a caballo o de un jurista en actitud retórica, se alza la estatua de un hombre taciturno, rodeado de musas y de cisnes de mármol. Un relieve representa a San Francisco de Asís con el 'hermano Lobo' y otros dan cuerpo a ninjas y centauros y a los 'heroicos atletas' de cierta marcha triunfal. No cabe lugar a dudas para cualquier lector de la lengua española: el héroe nacional de Nicaragua es Rubén Darío.

Y no es que Nicaragua carezca de otros héroes nacionales, más conformes con el patrón militar o político de las demás repúblicas hermanas de Hispanoamérica. El prudente cacique indio Nicarao, a quien debe su nombre el país; el conquistador Hernández de Córdoba, con cuyo nombre se acuña hoy la moneda; la criolla Rafaela Herrera, que disparó el cañón contra los invasores británicos; el general Estrada, el sargento Montoya y los otros vencedores del filibustero norteamericano William Walker... Todos ellos y muchos más encarnan dignamente la nacionalidad nicaragüense a la hora de los monumentos y de los discursos patrióticos. Pero ninguno de ellos tiene un prestigio universal como Rubén. Quizá no exista en el mundo un caso semejante. "Si pequeña es la patria, uno grande la sueña", cantó el mismo hijo predestinado de Nicaragua. Y no solamente soñó grande a su patria, sino que la engrandeció de hecho en el mundo del espíritu y la glorificó con su propia eternidad.

...La cuna y la tumba de Rubén.

La vida no larga de Rubén Darío transcurrió muchos años fuera de su patria, pero vivió por ella y en ella nació y murió. Hijo de un matrimonio desunido, el poeta vio la luz durante un viaje de su madre, en una casa humilde una aldea. Gustaba de presentarse como puro indio, pero era, por su sangre y su cultura, un típico mestizo indoespañol. Su infancia discurrió en León, la ciudad episcopal y letrada de Nicaragua, educado por su buena tía-abuela Bernarda y por los padres jesuitas, que grabaron para siempre en su alma las letras clásicas y la religión. Cuando tenía ocho años y una enorme cabeza pensativa, ya le llamaban "el poeta niño" en su ciudad. Poco más tarde se encerraba en la Biblioteca Nacional de Managua para leer y asimilar todo lo humano y lo divino. Cobró fama de monstruo del ingenio, hizo gala de libre

pensador, recibió halagos y amenazas de los políticos, contrajo matrimonio joven y enviudó poco después. A los quince años se fue a El Salvador y a los diecinueve a Chile. Allí publicó su libro "Azul", que recibió la consagración del primer crítico español, don Juan Valsa.

Pero no intento pasar revista a la vida viajera y laboriosa del poeta —cónsul de Colombia en Buenos Aires y de Nicaragua en París, ministro de Nicaragua en España en 1908, corresponsal de "La Nación", de Buenos Aires, desde 1899; cronista de la España del "Desastre" y de la Francia de la "belle époque", ni hablaré de los dramas de su segundo matrimonio y de la familia que formó en España. Rubén Darío fue un hombre bueno y un forzado de la pluma, pero al mismo tiempo un bohemio. Arruinó su salud con los licores, y a los cuarenta y ocho años regresó definitivamente a su patria, según su misma frase, "en busca del cementerio de mi pueblo natal". Volvió a su esposa y sus amigos y se reintegró públicamente al seno de la Iglesia. Murió como un santo y fue enterrado en triunfo, con pompas oficiales y doblar de campanas. Sus restos reposan bajo un león simbólico, al lado del presbiterio de su catedral de León.

Quien esto escribe siente una antigua devoción por el poeta nicaragüense y ha venido a Managua tras una vida que, como la de Rubén Darío mismo, ha servido a las musas, al periodismo y a la diplomacia. Llegado a este rincón de América, entre lagos y volcanes, ha recorrido los lugares, rubenianos en peregrinación. ¡Ah, la casita mínima de Metapa, pobre como un 'belén' de Navidad, restaurada y embellecida ahora porque toda la aldea circundante ha tomado el nombre y las galas de Ciudad Darío! ¡Ah, la ciudad de León, de Santiago del León de Nicaragua, con su Universidad y con su obispo, ornada de pequeñas iglesias barrocas y de una gran catedral neoclásica, tan diferente de la de nuestro gótico León! ¡Qué emoción bajo las cinco naves de esa catedral, la última de las que España alzó en las Indias, rezar ante la tumba de aquel poeta epicúreo, pero cristiano:

"Desde que soy, desde que existo,
mi pobre alma armonías vierte.
Cual la de mi Señor Jesucristo
mi alma está triste hasta la muerte!"

El vate de la hispanidad.

Mi emoción es humana y religiosa, pero también poética y patriótica, pensando en la patria grande de la Hispanidad. Este "gran indio de Nicaragua", como le llamó Agustín de Foxá, ha hecho por la comunidad del mundo hispánico más que ningún otro hombre moderno, hispanoamericano o español. Cuando un aragonés clérigo cerraba con siete llaves el sepulcro del Cid, este nicaragüense hablaba como un profeta de "la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito, que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas", y le advertía a Roosevelt, el riflero terrible, "que hay mil cachorros sueltos del león español". Este mestizo indohispano, saturado por los elíxires literarios de Francia, se proclamaba "discípulo de Nuestro Señor Don Quijote y convocabía para la esperanza a las "ínlitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda".

¿Qué otro vaticinó de esta manera? ¿Quién vio tan claramente "la gran alba futura" entre las tinieblas de 1898? Solamente don Ramiro de Maeztu, con su robusta construcción filosófico-histórica, se ha acercado a la iluminación casi sobrenatural de Rubén Darío. Pero Rubén abrió los ojos antes, nació más lejos del solar de la raza, llegó a Cervantes pasando por Verlaine y dio su testimonio en versos de oro. Delante de su tumba leonina, mientras misitó mil palabras del poeta-rey, yo proclamo que Rubén Darío es la mitad de la Hispanidad.

El centenario de Rubén.

El 18 de enero de 1867, exactamente, vino a este mundo el cantor de nuestra estirpe, príncipe

de la literatura castellana. Va a cumplirse, por tanto, su primer centenario y es justo que se celebre aquí y allá, tanto bajo el "nicaragüense sol de encendidos oros", como en las orillas del Plata y en los Andes y en la España que él mismo exorcizó.

El Gobierno de Nicaragua, con un esfuerzo que le honra, ha preparado un programa sumptuoso en el que figuran la urbanización de la aldea natal, la construcción de un teatro nacional Rubén Darío, la edición de importantes estudios sobre el poeta, la erección de algunas estatuas, la convocatoria de tres premios internacionales de literatura y de arte, la celebración de un Congreso Internacional Dariano y hasta la acuñación de una moneda de oro que se llamará "un dario".

España va a participar brillantemente en las ediciones, en los certámenes y en el Congreso Internacional. Vendrán a Managua algunos de nuestros poetas y académicos más renombrados. El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, sintiendo como propicia la ocasión, multiplicará los actos de homenaje en toda España y secundará los esfuerzos del Comité Nacional pro Centenario de Rubén Darío, que se ha dignado presidir personalmente el Jefe de Estado español. Desde México hasta la Argentina y Chile, e incluso en Francia, en Italia y en los Estados Unidos, florecerán también las conmemoraciones rubenianas. La Unesco traducirá al poeta al inglés. Todo se lo merece la memoria, grata a Apolo y a Cristo, de aquel que dijo las palabras mágicas:

"Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos.
Formen un solo haz de energía ecuménica".

(Managua, diciembre de 1966).

